

KAILAS HISTÓRICA

LA ROSA Y LA ESVÁSTICA

Vida y muerte de Eva Braun

Francisco Javier Aspas



LA ROSA Y LA ESVÁSTICA

VIDA Y MUERTE DE EVA BRAUN

FRANCISCO JAVIER ASPAS

Esta novela describe sucesos y personas reales, con diálogos ficticios, además de escenas y personajes añadidos por el autor.

La rosa y la esvástica

© 2019, Francisco Javier Aspas
© 2019, Kailas Editorial, S. L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid
kailas@kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy
Imagen de cubierta: PhotoAisa
Diseño interior y maquetación: Luis Brea Martínez

ISBN: 978-84-17248-40-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.kailas.es
www.twitter.com/kailaseditorial
www.facebook.com/KailasEditorial

*Esta novela está especialmente dedicada a los míos;
aquellos que han estado junto a mí, soportándome día
a día durante los siete largos años que he trabajado en ella.
No hace falta que los nombre, ellos saben quiénes son.*

A principios de 1946, Josef Stalin ordenó al jefe de la policía política soviética, Lavrenti Beria, la realización de un informe en el que se estudiara la vida y la muerte de Adolf Hitler, alejándose de los aspectos más conocidos, para centrarse en la vida privada del dictador y su forma de ejercer el poder. Ese informe llevaría por nombre *Acta número 462*.

Lavrenti Beria delegó la realización del informe en dos departamentos concretos: la Administración Central de Prisioneros de Guerra e Internos y el Comisionado del Pueblo de Asuntos Internos, más conocido como el NKVD.

Empleando todo el poder represivo del Estado soviético, los agentes del NKVD iniciaron los interrogatorios de los más importantes y cercanos colaboradores de Adolf Hitler que tenían en sus manos, entre ellos Otto Günsche, ayudante personal de Hitler; Heinz Linge, ayuda de cámara; Hans Baur, piloto de Hitler; Rochus Misch, miembro de su escolta personal, o Erich Rings, radiotelefonista. Las sesiones se llevaron a cabo en la sede del NKVD, la prisión de Butyrka, en las afueras de Moscú.

Conforme avanzaban los interrogatorios, el interés de los agentes se centró más en los aspectos íntimos de la vida del dictador alemán, en concreto, en la relación que mantuvo con su amante, y finalmente esposa, Eva Braun.

Siempre que aparecía este nombre, los interrogados aludían a otra persona, alguien de cuya existencia los soviéticos nunca habían oído hablar, un oficial de las SS llamado Werner Muntz, y al que los prisioneros nazis llamaban *Der Wächter*, «el guardián». Afirmaban que Muntz había sido, oficialmente, un destacado miembro del Estado Mayor del Führer, pero «extraoficialmente», nombrado por Heinrich Himmler como jefe de la seguridad personal de Eva Braun. Werner Muntz ejerció ese cargo entre el año 1935 y el 30

de abril de 1945, el último día en la vida de la amante de Hitler.

Informado de este asunto, Beria ordenó que se localizara urgentemente a Muntz entre todos los prisioneros nazis en manos de las autoridades soviéticas. No tuvieron que buscar mucho. Hallado herido, Werner Muntz había sido detenido en las calles de Berlín el 2 de mayo de 1945. Todavía sin identificar, se encontraba recluso en la prisión de la Lubyanka, en el centro de Moscú. A falta de identificación, se le había registrado como «prisionero número 4.433».

La noche del 12 de febrero de 1946, Werner Muntz fue trasladado desde la prisión de la Lubyanka al centro de interrogatorios de Butyrka. Fue interrogado durante tres días y tres noches por los agentes especiales del NKVD Alexander Yurovsky y Nikolai Klussmann, que ejerció de traductor. Para su sorpresa, y a diferencia de sus compañeros, Muntz narró su historia sin que fuera necesario emplear ningún tipo de amenaza o de presión; desde el primer momento manifestó que aborrecía profundamente a Hitler por haber abandonado al pueblo alemán y haber conducido a la muerte a personas que le eran muy queridas. Adujo que había fallado a Eva Braun, y que esa declaración podía ser una forma de resarcirse y de contar toda la verdad sobre la vida y la muerte de la amante y finalmente esposa del Führer. Solo pidió, a cambio de su colaboración, un paquete de cigarrillos y una botella de vodka. Excepcionalmente, los agentes del NKVD accedieron a su demanda.

Terminada su declaración, los agentes Yurovsky y Klussmann se encargaron de redactar el informe del interrogatorio de Muntz, que debido a su extensión dividieron en cuatro partes. Una vez elaborado, se envió al centro del MVD, en los alrededores de Moscú, donde se trabajaba intensamente en la elaboración final del *Acta número 462* antes de ser entregada a Stalin.

Durante la redacción final del acta, que se prolongó por espacio de dos años (el informe llegó a las manos de Stalin

a finales de 1948 o principios de 1949), se consideró que muchos de los detalles ofrecidos por Muntz en su interrogatorio eran tan escabrosos y desconcertantes que podían molestar al dictador soviético durante su lectura. Se eliminaron partes completas de ese testimonio y se guardaron en los archivos secretos del NKVD con la denominación «Documento número 4.443: La declaración de Guardián».

A lo largo de los años, solo unos pocos ojos afortunados han tenido acceso a la declaración completa de Muntz y a todo lo que relató acerca de la vida y la muerte de Eva Braun, y de la relación de esta con Adolf Hitler y el círculo interior que rodeó al dictador alemán.

Josef Stalin nunca conoció ese documento.

PRIMERA PARTE

MÚNICH
(El origen)

1

LA PURGA DE RHÖM

Mi historia comienza a bordo de un tren. Un tren de la Reichbahn que nos trasladaba desde Berlín hasta Múnich en mitad de la noche. Era la madrugada del 30 de junio de 1934 y ninguno de nosotros podíamos pensar a esas horas, mientras dormitábamos sobre nuestros petates, que íbamos a participar en un acontecimiento que el mundo conocería después como «la purga de Rhöm».

Mis compañeros y yo pertenecíamos al Leibstandarte SS Adolf Hitler. Estábamos destinados en el cuartel general de los Cadetes Imperiales Prusianos de Lichterfelde, en las afueras de Berlín. Yo, en concreto, era en ese momento teniente (*obersturmführer*), teniente Werner Muntz. El 257.554 era mi número de membresía en las SS. Hacía días que las cosas habían cambiado en nuestro acuartelamiento. La preparación física y militar se había intensificado notablemente, había continuas alarmas nocturnas que provocaban que tuviéramos que levantarnos en plena noche, coger nuestras bayonetas, calarnos nuestros cascos de acero y formar en mitad del patio. Por toda la caserna se escuchaban comentarios, en los cuerpos de guardia, en los comedores o los baños. Unos días antes, tras una de mis sesiones de esgrima (era un maestro, el mejor con el florete), mientras estaba en la ducha, escuché a unos compañeros hablar de «golpe de Estado», de las fricciones existentes entre el Partido y las SA. A mí esas cosas no me atraían especialmente. La política no me interesaba, no fui educado para eso. Mi padre, Artur Muntz, me educó en el amor a la

patria y el cumplimiento del deber. Mi padre detestaba a los políticos, a todos los políticos. Hasta que llegó Hitler, claro. Comprendo, sin embargo, que tendré que explicar qué estaba sucediendo en Alemania en aquel momento, aunque solo sea para que se pueda entender qué hacía yo en aquel tren.

Hacía tiempo que la relación entre el Partido y los fieles camisas pardas de las SA, que dirigía Ernst Rhöm, no era buena. Las SA habían exigido al Führer una segunda revolución parda, una segunda revolución que permitiera avanzar en las reformas sociales que Hitler había anunciado una y mil veces desde que asumiera el poder. Esas reformas chocaban con las ideas que defendía el ala más moderada del Partido. Además, los empresarios e industriales que habían apoyado a Hitler tenían miedo de que esa segunda revolución terminara en una deriva socialista, algo que parecían preconizar tanto Rhöm como el ala más a la izquierda del movimiento nacionalsocialista. El propio presidente Hindenburg estaba preocupado, hacía tiempo que los camisas pardas se habían convertido en un problema, en un peligro para el orden público. Sus desmanes y fechorías eran habituales en todas las ciudades de Alemania. Se encontraban fuera de control. Aparte de todo eso, las envidias y las luchas de poder también influían en la situación de desestabilización en que vivía sumido el país durante aquel cálido inicio del verano de 1934. En contraposición con las SA, nuestra organización, las SS, estaba ascendiendo día a día. Nuestro Reichsführer, Heinrich Himmler, se estaba convirtiendo en uno de los hombres más influyentes del Reich. Recientemente, y tras ser nombrado máximo responsable de la policía de Múnich, Göring había puesto a la Gestapo bajo sus órdenes, comenzando así su camino hacia el control absoluto de las fuerzas policiales. Su estrella crecía día tras día, mientras que la de Rhöm se oscurecía a cada hora que pasaba. Quizá provocado por todo este contexto, el Führer dijo basta. Ese fue el momento en que de-

cedió poner fin al peligro en que se habían convertido las SA bajo el mando de Rhöm.

Ese era el motivo de que todos nosotros nos encontráramos a bordo de aquel tren. Esa tarde, y sin informarnos del objeto de nuestra misión, habíamos sido trasladados en camiones desde nuestro acuartelamiento hasta la estación de Grunewald, donde nos esperaban los trenes. Solo se nos comunicó que nos dirigíamos a Múnich, la capital de Baviera. Ese viaje cambiaría el resto de mi vida. Ese viaje, y el condenado cumplimiento del deber que me inculcara mi padre.

Mi padre, general Artur Muntz, era un héroe nacional, un héroe de la batalla de Tannenberg, como Ludendorff o el propio presidente Hindenburg. En mi casa de Potsdam se había respirado el ambiente militar desde que yo era un niño. No llegué a conocer a mi madre, Anna, que falleció poco después del parto en el que yo nací. Así que me crié solo con mi padre y mi niñera, la señorita Else, que durante toda mi infancia ejerció perfectamente la función de madre. Mi padre quiso que la formación militar que yo recibiera comenzara en cuanto tuviese uso de razón. En mi casa siempre se siguieron estrictamente las reglas militares. Cuando ingresé en el Leibstandarte, muchos de mis compañeros se quedaron sorprendidos de mi pronta adaptación al mundo militar. Ellos no sabían nada. Ellos no sabían que yo correteaba entre las piernas de los más importantes mariscales y generales de Alemania, incluso del propio káiser, cuando solo tenía cuatro años de edad.

Mi padre falleció durante el otoño de 1933. Murió feliz por haber podido asistir a la llegada al poder de Adolf Hitler. Él creía ciegamente en Hitler. Pensaba que era la única solución posible para sacar a Alemania de la terrible crisis económica y política en que la había sumergido la República. Y yo lo creía con él. Antes de entrar en el Leibstandarte, había militado en las Juventudes Hitlerianas y ya era miembro del Partido; 3.601.554, ese era mi número de militante. Puede decirse que en aquel momento yo era un nacional-

socialista convencido. Muchas veces, tiempo después, pensé a menudo en mi padre. En lo equivocado que estaba respecto a Hitler. En lo equivocados que estábamos todos. ¡Qué equivocados estábamos! Aunque claro, sobre eso ya no se puede hacer nada.

¿Puede un viaje y el condenado cumplimiento del deber cambiar la vida de un hombre? En mi caso, sí. Si me hubiera quedado en Lichterfelde (la mitad del destacamento permaneció allí, solo la otra mitad viajamos a Múnich) o mi excesiva obsesión por el cumplimiento del deber no hubiera sido observada desde un lóbrego edificio gris por aquel que observaba, posiblemente no hubiera pasado los siguientes diez años de mi vida entre el círculo más próximo de colaboradores de Adolf Hitler, cuidando de uno de sus más importantes tesoros. Por eso he comenzado mi relato con ese viaje entre Berlín y Múnich. Porque durante aquel viaje comenzó todo.

Llegamos a Múnich al amanecer. Berlín nos había despedido con un cálido sol de estío, pero Múnich nos recibió con una mañana gris y brumosa. Pronto comenzaría a llover. Nuestro jefe, el coronel SS Jürgen Kebler, nos hizo formar en filas de a veinte en la misma estación. Y allí se nos volvió a dividir. Tras subir a los camiones que nos aguardaban en la puerta principal, la mitad de los vehículos tomaron dirección norte, mientras la otra mitad nos dirigimos hacia el sur.

Nunca olvidaré la sensación que tuve aquella mañana mientras, a toda velocidad, atravesábamos las calles de Múnich. Recuerdo que la gente se detenía asustada a nuestro paso y nos miraba con un rictus de preocupación y desasosiego en sus rostros. Comentaban cosas entre ellos y gesticulaban, sin saber qué estaba sucediendo ni hacia dónde se dirigían esos camiones militares que trasladaban soldados de uniforme negro. Durante alguna parada, pudimos escuchar a la gente hablar de «golpe de Estado» o preguntándose dónde estaba el Führer y qué había sucedido. Lo más curioso de todo era que esa misma gente que nos miraba con incredulidad, como si nosotros estuviéramos

mos en el centro de lo que se estaba cocinando, desconocía que nosotros mismos no sabíamos qué estaba sucediendo ni hacia dónde nos dirigíamos.

Alguien en el camión en que yo viajaba comentó que nuestro destino podía ser la prisión de Stadelheim. Desde luego, no debía de estar muy bien informado, porque más tarde pudimos saber que fue precisamente la otra parte de nuestros compañeros, los que tomaron dirección norte, quien acabó en esa cárcel. Nosotros, tras unos treinta minutos de viaje, abandonamos Múnich para, atravesando la campiña que rodea la ciudad, llegar a un viejo acuartelamiento del ejército convertido ahora en centro de entrenamiento de las SS. Era una edificación lóbrega, de piedra gris parduzca, coronada por tejados inclinados de pizarra negra. La ligera llovizna que nos recibiera esa mañana se había convertido ya en un aguacero. Así que descendimos de los camiones y, casi al trote, entramos en unos viejos barracones situados frente al edificio principal del acuartelamiento.

Allí esperamos alrededor de una hora. Durante ese tiempo comenzaron a circular todo tipo de rumores sobre lo que estaba sucediendo, que, de acuerdo con lo que conocimos más tarde, eran lo que más se acercaban a la realidad de cuanto habíamos escuchado hasta entonces. Hasta mis oídos llegó el comentario, primero, de que el Führer y la jefatura del Estado habían iniciado una purga contra las SA. Más tarde, que el Führer en persona se había presentado esa misma madrugada en el balneario de Bad Wiessee, donde se celebraba una reunión de altos mandos de las SA, y que todos ellos, incluido Ernst Rhöm, habían sido detenidos. El siguiente rumor decía que el Führer había sorprendido a algunos líderes de las SA en mitad de una orgía con jovencitos de las Juventudes Hitlerianas. Ese comentario provocó entre los muchachos un murmullo que terminó convirtiéndose en un pequeño gallinero, lo que obligó a alguno de nuestros mandos a entrar en el barracón y hacernos callar. Fue casi al final de aquella tensa hora cuando

uno de nuestros compañeros, el capitán Oskar Klausen, que regresaba de mantener una conversación con nuestro «jefe», el coronel Kebler, nos informó de que, efectivamente, Ernst Rhöm había sido detenido. Y no solo eso: unas horas antes —nos dijo— había sido ejecutado en la prisión de Stadelheim. Esa información no provocó ningún murmullo general ni ningún gallinero. Más bien un espeso silencio que duró hasta que el propio coronel Kebler apareció en el barracón y nos comunicó el objeto de nuestra misión.

Kebler empezó por decirnos que estábamos participando en una operación ordenada por el Führer y que llevaba el nombre clave de Kolibri. Se estaban formando cinco pelotones de ejecución, de seis miembros cada uno. Había puesto al frente de esos pelotones a tres capitanes y dos tenientes. Uno de esos tenientes era yo.

Observé todo tipo de reacciones entre los muchachos cuando se nos comunicó nuestra misión; cualquier persona es capaz de imaginar cuáles fueron: todas las que se corresponden con la naturaleza humana. Tengo que decir, sin embargo, que nadie pudo detectar en mí ninguna. Continué impávido, posiblemente insensible, podría decirse que hasta indiferente. En realidad, durante aquellos tensos momentos, el único pensamiento que ocupaba mi cabeza era una frase de mi padre, repetida una y mil veces a lo largo de los años en nuestra casa de Potsdam: «El deber, Werner; el cumplimiento del deber es lo único que debe importarle a un hombre».

Esperamos durante otra larga hora. Tengo que decir que, debido a la naturaleza de nuestra misión, se nos proporcionó alcohol. Botellas de aguardiente sin etiquetas. Por supuesto, yo no bebí. Nunca había bebido y, además, detestaba a la gente que lo hacía. Fue también mi padre quien me inculcó ese hábito. Siempre decía: «El alcohol nubla la mente de las personas y provoca que no puedan tomar en cada momento las decisiones adecuadas».

Muchos años más tarde, en la profundidad de un húmedo y sombrío búnker en las entrañas de Berlín, cuando pa-

saba horas y horas bebiendo en compañía de los últimos compañeros de un viaje llamado nacionalsocialismo, pensé mucho en ese joven Werner, el que rechazaba el alcohol y detestaba a la gente que lo consumía. Me preguntaba dónde estaba, qué había sido de él. Qué había quedado de él. Aunque en realidad, si tengo que ser sincero, mi coqueteo con el alcohol no comenzó ni mucho menos en aquel repugnante búnker, ni fue la desesperación el motivo que me llevó a empezar a consumirlo. Había empezado años antes, en la cumbre de una montaña, cuando el mundo nos pertenecía y solo las estrellas brillaban por encima de nosotros.

Terminada esa segunda hora de espera, el coronel Kebler nos hizo pasar a los tres capitanes, al otro teniente y a mí a una desolada habitación contigua al barracón. Ahorraré aquí comentar cuál fue el discurso que Kebler nos dirigió, baste decir que nos repitió en numerosas ocasiones que los hombres a los que íbamos a ejecutar eran traidores, vulgares criminales, que no eran auténticos nacionalsocialistas, que habían formado parte de una conspiración cuyo fin último era desestabilizar el Reich y eliminar al Führer. Que las ejecuciones se realizaban por orden del Führer y que él mismo nos premiaría por nuestra lealtad promoviendo ascensos inmediatos. A continuación se nos entregaron unos sables del tipo Degen que habitualmente solían emplearse para todo tipo de ceremoniales. No portaríamos nuestras habituales bayonetas, porque seríamos los encargados de dirigir las ejecuciones. En aquellos días, el Leibstandarte todavía no estaba completamente militarizado y, por lo tanto, usábamos unas bayonetas del tipo Mauser que nos habían sido entregadas por la Reichswehr, el ejército. Cuando regresamos a los barracones, los muchachos se estaban dedicando a cambiar en sus bayonetas el cuchillo tradicional del ejército por nuestra daga de las SS. Era una manera simbólica de mostrar que nosotros, los mejores entre los mejores, la guardia del honor del Führer, éramos los encargados de impartir la justicia del pueblo y del Reich en su nombre.